

## IV

### Isabel de la Paz, la reina con quien vino la Corte a Madrid

(*Conferencia en el Círculo de la Unión Mercantil, el día 17 de octubre de 1925, en la serie de Conferencias Madrileñistas organizadas por el Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid.*)

SEÑORAS:

SEÑORES:

**M**ADRID está en fiestas. Los iniciadores de ellas —loor a su intención, aunque en mi caso erraran— han creído, sin duda, hacer obra patriótica intercalando entre las mismas una serie de *Conferencias madrileñistas*, es decir, una serie de estudios y oraciones que fomenten el interés, el conocimiento, el amor de cosas y personas de Madrid. Todo español, aunque no sea madrileño, debe aplaudir el propósito. Porque España tiene a cada hora necesidad de que hablen bien de ella, y cuanto se dice, para bien o para mal, de Madrid, se dice de España. En las naciones, como en los individuos, la cabeza personaliza el ser. Y así, cuando hablamos de heroísmos y virtudes y progresos madrileños, sabemos que le apuntamos el tanto a España entera, y cuando de fuera nos vienen agravios o menosprecios para cualquier manifestación de la vida nacional, todos y cada uno de los madrileños, nativos o de adopción, sentimos el latigazo en la mejilla, cual si el honor de los habitantes de más de medio millón de kilómetros cuadrados fuera privativo tesoro o depósito intangible de quienes habitamos

desde la Guindalera a la Puerta del Angel o desde Cuatro Caminos a la Ronda de Embajadores.

Por eso, puesto a escoger tema, opté —perseverando en esta mi manía, un tanto senil, de galvanizar y emperifollar damas de ultratumba— por proyectar sobre la pantalla de vuestra memoria culta la injustamente preterida silueta de una reina, simpática y buena, fugaz pero fulgente meteoro en el cielo de la patria historia, cuya estela debería vivir indeleble en nuestro recuerdo. Como españoles, porque ella nos trajo la paz. Como madrileños, por que *con* ella y quizás *por* ella Madrid fué corte. Como rectores de una raza de hidalgos, porque por nosotros y para injuriarnos y difamarnos a nosotros, fué calumniada. No, pues, en atención al dibujante sino al gentil modelo seguid con respetuosa simpatía el diseño que a grandes rasgos trazaré ante vosotros, si me lo permitís, de la francesita que reinó en España, más que con el nombre de pila y de alcurnia —Isabel de Valois— con el encantador sobrenombre que la dieron sus contemporáneos: *Isabel de la Paz*.

---

Fontainebleau, el viejo castillo de Roberto *el Piadoso*, reconstruído fastuosamente poco había por Francisco I, ganoso de fiestas y esplendores y placeres que le hicieran olvidar su cautiverio de Madrid, reverberaba en luces y pedrería cierta tarde de abril de 1545. Era que iba a celebrarse el bautizo de una princesa, hija del Delfín y de Catalina de Médicis, nieta, por tanto, de Francisco, aún reinante, nacida el 2 de aquel mes. Seis antes, el tratado de Crespy había puesto término a una de las fases de la guerra, que parecía ser crónica, entre el Imperio, Inglaterra y España, de un lado, y Francia del otro; y la niña, que bajo tan feliz estrella había venido al mundo y que, cual si quisiera dar razón a augures y astrólogos, ganó tan mercedadamente después el dictado de Isabel de la Paz, habría de ser apadrinada por Enrique VIII de Inglaterra y tenuta en la pila por la reina de Francia, Leonor de Castilla, la hermana que nuestro Carlos I dió antaño por esposa a su libertado cautivo. ¡Quién habría de decir entonces a Leonor que, así como ella había ido a París quince años antes, prenda y gaje

de la paz, luego rota, la criatura que llevaba en brazos habría de venir a España catorce años después portadora nuevamente de la rama de oliva!

La ceremonia bautismal y los regocijos posteriores tuvieron por escenario el patio de la Torre del Homenaje, tapizado todo él con colgaduras de oro, plata y seda. En su centro, un pabellón enguirnaldado de follaje que esmaltaban escudos y divisas, cubierto por un velo de seda azul constelado de estrellas doradas, estaba destinado a una como exposición de la vajilla real, colocada en una pirámide de nueve vasares, sobre cuyo fondo de tisú de oro rizado descansaban innumerables copas, bandejas, objetos de comedor de incalculable valía, todos de oro y de tan alto precio que, al decir de un cronista, "parecía que se había reunido la flor de los aparadores de todos los príncipes de Europa". Verdad es que se había juntado cuanto los reyes de Francia tenían disperso de tal calidad en todos sus palacios del reino, y a fin de dar a conocer a los invitados el mérito excepcional de las piezas acopiadas, personas conocedoras iban dando explicación a los asistentes de la historia y valor de cada una de ellas, alguna de las cuales se decía remontarse a tiempos de Carlomagno. No hay que decir que los manjares servidos correspondían a la opulencia de lo expuesto, ni que la única a quien no alcanzaba la emoción ni el goce de la fiesta era cabalmente la neófita cuyo natalicio daba pretexto a semejante holgorio, nueva ocasión no más de que lucieran galas y derrocharan joyas las damas de la desquiciada Corte, que si oficialmente tenía por Reina y por Delfina, respectivamente, a la triste y menospreciada Leonor y a la astutamente resignada Catalina de Médicis, estaba de hecho dividida entre las secuaces de la Duquesa de Estampes, última favorita del gastado Rey, y las de Diana de Poitiers, dominadora amiga del Delfín (1).

---

(1) En conjunto, la bibliografía de esta conferencia la constituyen las siguientes obras:

Dan: *Trésor des merveilles de la Maison Royale de Fontainebleau*. París, 1642.

Tarsot et Charlet: *Le Chateau de Fontainebleau*. Paris (s. a.).

La infancia de la princesita Isabel, así bautizada porque Enrique VIII quiso imponerle el nombre de su hija predilecta (aquella que, por bromas del hado, Reina luego, habría de ser implacable rival del esposo de la recién nacida), puede decirse que no pertenece a la Historia. Muerto Francisco I, y subido al trono Enrique II, padre de nuestra protagonista, si la manecita de esta su primogénita fué desde la cuna oferta de futuro y anhelo de presente para reyes y príncipes de toda Europa, es de presumir que ni su corazonzuelo ni siquiera su precoz inteligencia se interesarían poco ni mucho en estas gitanerías de la diplomacia y rompecabezas de las cancillerías. Catalina de Médicis, su madre, que se consolaba de los desdenes del marido entregándose por entero a la crianza y formación espiritual de sus hijos, rodeó a éstos del ambiente de cultura y de amor a las letras y a las artes característico de su raza. Y para mayor ventura de la despierta "fille de France", el azar vino a depararla por compañera de estudios y de gustos, dondequiera que fué la corte (Fontainebleau, Saint Germain o a veces Compiègne) a otra esclarecida princesa; la reinita de Escocia, prometida delfina de Francia, María Estuardo, que habiendo de casarse luego con quien fué el efímero Francis-

París: *Negotiations, lettres etc., relatives au regne de Francois II.* París, 1841.

Brantôme: *Recueil des dames*, París, 1665.

*Documentos inéditos para la historia de España.* Varios tomos.

Marquis du Prat: *Histoire d'Isabelle de Valois, Reine d'Espagne (1545-1568)*. París, 1859.

Gachard: *Don Carlos et Philippe II.* París, 1863.

Gachard: *Relations des ambassadeurs venitiens sur Charles V et Philippe II.* Bruxelles, 1855.

Ruble: *Le traité de Cateau Cambresis.* París, 1889.

La Ferrière: *Lettres de Catherine de Medicis.* París, 1880-95.

Conde de Cedillo: *Toledo en el siglo XVI.* Madrid, 1901.

Donnais: *Les dernières années d'Elisabeth de Valois, Reine d'Espagne d'après ses lettres inédites (1565-1568)*. Toulouse, 1896.

Cabié: *Ambassade en Espagne de Jean Ebrard, Seigneur de Saint Sulpice.* Albi, 1903.

Morel-Fatio: *La Duchesse d'Albe et Catherine de Medicis.* "Bulletin Hispanique", 1905.

Mariejoí: *Catherine de Medicis.* París, 1920.

Ronner: *Le Royaume de Catherine de Medicis.* París, 1922.

co II, había sido trasladada a la Corte francesa en la edad de seis años para que allí se educase con las hermanas de su novio, que sólo contaba cuatro, si contar sabía. Por eso la Estuardo, la Reina-Delfina, entró a ser como la diminuta decana de aquella escuela de aspirantes a soberanas donde, bajo la férula absorbente de Catalina, apartada del bullicio de los grandes salones de Estado, se instruían y desarrollaban inteligencias y corazones de sus tres cuñaditas: esta nuestra Isabel; Claudia, que casó con el Duque-Monarca de Saboya, y Margarita, de tan debatido renombre luego, cuando llegó a ser la *reine Margot* de Navarra y de Francia. Pero de las hermanas quien más alternaba con la escocesa era, naturalmente, Isabel, poco menor que ella; y todavía no puede leerse sin emoción la colección de temas que en francés redactaba la Reina de Escocia para que en latín las tradujera la mayor de las hermanillas de su marido. Eran todos sentencias o consejos morales, inspirados los más en lecturas clásicas y redactados en forma de cartas; y hay uno de ellos en que, a no suponer que se los inspiraría su preceptor, parece que la delfinilla de tan trágico fin sondea vidente el aciago arcano de su porvenir y aun las lejanías sin término del más allá. “Me dice nuestro maestro —escribe en Compiègne María Estuardo a Isabel de Valois— que ahora estudias mucho, lo que me tiene muy contenta y te ruego que sigas así. Este es el mayor bien que podrás procurarte en el mundo. Porque lo que la naturaleza nos da dura poco y te lo volverá a pedir cuando seas vieja, o por mejor decir, lo que fortuna nos da ella misma nos lo quita. Pero lo que la virtud nos proporciona (y esto es lo que nos viene de las buenas lecturas) eso es inmortal y lo tendremos para siempre.”

Claro es que tal cual vez rumores y bromas llevarían al infantil círculo de las princesitas los nombres de aspirantes a sus gracias y espejuelos de solios o tronos que les reservaba el capricho de las divisiones y combinaciones de la revuelta Europa. Casi en la infancia, una de éstas trajo la corona de Lorena para la segunda de las hermanas; y reprochando un cortesano al Rey que no hubiera dado al Duque lorenés la mayor de sus

hijas, le replicó Enrique: "Mi hija Isabel es tal que no basta un ducado para ella; necesita un reino, y no uno de las pequeñas sino de las más grandes. Grande es ella en todo, y yo sé que no le faltará. Ved, pues, porqué puede esperar todavía." En efecto, no había entonces reino más grande que el de España, y pronto se combinaron las cosas para darle como futuro marido al príncipe don Carlos, el desmedrado y enigmático heredero del trono de Castilla. Quizá cuando a la niña se lo dijeran palmotearía de gozo: si casi desde la cuna se la criaba para reina, ¿dónde iba a hallar mejor promesa de reino que en el nieto del Emperador? Ciertamente es que, ya grandecilla, no faltarían murmuradores cortesanos, bufones quizás, que la llevasen chismes, más verdades que chismes, por desgracia, diciéndole que el hijo de Felipe II era terco, díscolo, metido en sí, un tanto contrahecho. Pero ¿qué podría saber su infantil experiencia de dicha conyugal y de maridos perfectos? Cuando mirase en torno suyo, lágrimas silenciosas de su madrina Leonor de Austria y de su propia madre Catalina la dirían que la ambición de las doncellas regias no debe cifrarse nunca en ser felices como esposas; su derecho, a lo sumo, es sólo ser felices como reinas. ¡Ah!, y lo que es como reina ¿quién no envidiaría su suerte si se enlazaba a la de Carlos? Pero de pronto, la misma fría y calculadora tiranía de las conveniencias que la trajo el pretendiente, se lo volvió a llevar. Lo desconocido, ministro servicialmente sumiso de los designios de la Providencia, intervenía un vez más en la vida del mundo, revolviendo en sus escaques las figuras del ajedrez europeo. De nuevo las armas españolas y francesas chocaban en San Quintín. Por otra parte, María de Inglaterra, la soberana consorte de Felipe el *Prudente*, fallecía. Hubo días en que el viudo coqueteó con su cuñada, la nueva reina Isabel. Pero fracasó el proyecto de una reincidencia matrimonial hispanoinglesa. El Rey de España, presintiendo entonces que de allí donde buscó alianza y boda lo que saldría para él sería una formidable adversaria, precipitó la reconciliación con Francia. El tratado de Cateau Cambresis puso término a la rápida campaña. Y en él, por una de sus cláusulas, ya no era Carlos sino Felipe, el padre que

acababa de enviudar, y no el hijo, quien sería el marido de la desde entonces intitulada *Isabel de la Paz*. La Historia, en la cual todavía la niña no había entrado, no registró en vivo la impresión que le causaría la noticia. Fueron sólo ciertos muy posteriores artistas de nuestra fábula negra quienes forjaron el fantástico capítulo de una inexplicable desesperación de la princesita, de una su melancólica resignación, al saber cómo, en servicio del bien de ambas monarquías, se había acordado que en vez de sentarse en las gradas del trono de San Fernando ascendiera desde luego al trono mismo.

Verosímilmente, no es admisible que Isabel se doliera del cambio. Carlos no tenía sobre Felipe más ventaja, si ventaja era, que la de su poca edad. El enfermizo heredero de Castilla había nacido tres meses antes que la que dejó de ser su prometida, la cual el día de sus desposorios con el Rey de España solamente había vivido catorce años, tres meses y veinte días. Verdad que Felipe cumplía en igual fecha treinta y dos y un mes; pero, aunque innegable la diferencia, ni era novedad que reyes ya granados matrimoniaran con princesitas niñas, ni las noticias que hasta la de Francia llegaron de su futuro podrían lealmente pintarle como machucho carcamal. Fourquevaulx, el embajador francés, había dicho poco antes a Catalina, cuando aún no era Felipe el candidato a su hija, al darle cuenta de estar ya el Rey restablecido de una indisposición, que le había encontrado "más guapo, más fresco y más joven que antes". Europa entera tuvo por comidilla años atrás el flagrante contraste que en las nupcias de Windsor se había advertido entre la fealdad consolidada de la cuarentona María Tudor y la gallarda apostura del que sólo por breve espacio se resignó a ser, de hecho, su marido; y éste, además, se conservaba por aquella época tan de buen porte que, aun después de la tercera boda, una dama compatriota de la nueva reinita, aseguraba de él que "podría jurarse que no tenía más de veinticinco años". Añádase a esto la aureola de grandeza que nimbaba el nombre del vencedor de San Quintín, y bastaría todo ello para calificar de patraña la aserción malévola de que la hija de Enrique II venía a España con semblante de mártir destinada al sacrificio.

Pero además auténticas palabras y actitudes suyas, que las mismas crónicas galas recogieron, lo desmienten. Un día, ya casada por poderes, la dicen que quizás conocerá a su esposo antes de lo convenido porque se había desencadenado un fuerte temporal y pudiera ser que el viento obligase a arribar a las costas de Francia la nave en que Felipe regresaba directamente desde Flandes a la Península. “¡Oh, qué viento más feliz sería ese!”, exclama, emocionada, la doncella. Otra vez, ya en ruta para su nueva patria, su creciente ilusión pregunta si las casas y las iglesias que va a ver en Castilla serán tan bellas como las que va dejando atrás. Y cuando el Rey de Navarra, que como *primer príncipe de la sangre* la acompañó hasta la frontera, escribe al Embajador francés dándole cuenta de su comisión, le dice: “Podéis asegurar al Rey su marido que si ella vino a mis manos muy bien de salud, espero entregarla de tal suerte que la longitud del viaje y el rigor de la estación más bien la han mejorado que empeorado; y en verdad va ella tan decidida, que todas las incomodidades no le son más que placer.”

¡Claro está que habría de ser insensata para no quedarse tal cual rato pensativa! ¡Pobre ángel, que a un tiempo mismo traspasaba las lindes de la nubilidad, tardíamente como todas las Médicis, y las de su reino, sintiendo sobre las alas la pesadumbre de una gran responsabilidad! Nunca hasta entonces se sentó reina francesa alguna en el solio de Isabel la Católica, y tocaba a su inexperta adolescencia ser la primera, a raíz de guerras enconadas entre su país de origen y su país de adopción, cuando el rescoldo de la lucha acaloraba aún antipatías y prevenciones, y con la misión además, que sólo de Dios dependía, de asegurar la sucesión masculina de un trono ante el cual, sin eso, únicamente se abría el porvenir incierto, o cuando menos inquietante, de un heredero enclenque, misántropo e insoportable. La perspectiva, pues, aunque bañada en luz, no dejaba de acusar sombras alarmantes en la lejanía. Y no fueron tampoco los más risueños auspicios los que acogieron sus esponsales. El recelo entre ambas naciones continuaba siendo tal, que si Felipe no había querido asistir personalmente a la boda, aun estando en Bruselas, y delegó para la ceremonia del enlace en



el Duque de Alba, atribuyóse al riesgo que podría correr su persona recordando el en que estuvo Carlos I de ser detenido cuando, hechas ya las paces de Madrid, fué a visitar a su ex rival y ya cuñado Francisco. Las fiestas nupciales habían tenido horrible y precipitado epílogo en la muerte de Enrique II, padre de la desposada, acaecida por accidente en el torneo que, para celebrarlas, se jugara en las Puertas de San Antonio. La subida inmediata al trono de Francisco II bajo la égida de Catalina de Médicis, ya en camino de recobrar su acusada personalidad, trajo consigo el destierro de Diana de Poitiers y el entronizamiento de los Guisas, parientes de la nueva soberana María Estuardo, todo lo cual significaba en la vida social y política de Francia trastorno descomunal, con temblores como de terremoto. Un momento, hasta hubo rumores de que el matrimonio español se deshacía, y en previsión de que así se pensara dió el Rey de España instrucciones muy severas, en contra, a sus Embajadores. Y por último, los cuarenta días de riguroso luto de corte, y la natural resistencia de la Médicis a separarse de su hija mayor, dilataron la partida y viaje de ésta, que al fin no consiguió ponerse en camino sino en medio de las crudezas, hielos y ventiscas del invierno.

En compensación de tan ingratas impresiones, otras más halagüeñas herirían la retina y se asentarían en el recuerdo de la recién casada. La llegada del Duque de Alba, *vidame* de Felipe, al Louvre en la tarde del 15 de julio, recibido con honores reales, cual tocaba a la altísima representación que llevaba, rodeado del almirante Coligny, de Montmorency, del Cardenal de Lorena, del Duque de Nemours y el Príncipe de Ferrara, todo lo más florido de Francia enviado a su encuentro por el rey Enrique; la boda en Notre Dame, el siguiente domingo, 18, tendida la iglesia con los mismos paramentos que al casarse los Reyes-Delfines, vistiendo Isabel traje tan cubierto de piedras preciosas que no se podía ver sobre qué estaban puestas y ciñendo a la cabeza una corona cerrada a la imperial, en cuyo centro una espiga de oro se balanceaba bajo el peso de un grueso diamante, regalo de su padre; el trato y

corte de Reina que desde luego disfrutó, asistiendo a la consagración de su hermano en Reims bajo un palio de damasco azul llevado por cuatro notables, con las mismas preeminencias y consideraciones que su cuñadita, la ya doble reina María Estuardo; los festejos con que la saludaron en el lento viaje a través de su tierra natal, fueron otros tantos motivos de grata emoción y distracción que, en cierto modo, la consolarían de la amargura con que en Chatelherault se despidió de su madre. Pero bien pronto la inclemencia excepcional del tiempo, las engorrosas etiquetas de las ceremonias de la entrega en Roncesvalles, los primeros choques con la quebradiza susceptibilidad que caracterizaba el roce entre franceses y españoles, la advertirían de las espinas que se ocultaban bajo su senda de flores.

Llegada a San Juan de Pie de Puerto el 31 de diciembre bajo una nevada imponente, allí la aguardaba, enviado por Felipe, el maestro de ceremonias de éste con 350 mulas de carga, literas y hacaneas; y no lejos, el Duque del Infantado y el cardenal don Fernando de Mendoza, obispo de Burgos, con sendos lujosísimos séquitos, mostrando aquél a su lado treinta señores de las más apergaminadas casas del Reino, más cuarenta pajes vestidos de tela de oro, y rodeado el Cardenal por muchedumbre de prelados, dignidades y monjes, reuniéndose entre ambas comitivas un tropel de 4000 caballos. Empezaron todos el 2 de enero la subida del puerto, depuestas ya por Isabel las ropas de luto, y tal tempestad de nieve les envuelve a una legua aún del Monasterio, que hasta algunas caballerías ruedan al precipicio llevándose gran parte del equipaje de las damas, de cuyos gritos y vociferaciones al perder sus arreos de ceremonia, culpa, según las francesas, de los acemileros españoles, puede juzgarse calculándolos por los de nuestras contemporáneas cuando, azar o decomiso, se les queda una maleta en la frontera. La misma Reina, azotado el rostro por el nevazo, mal se sostiene desequilibrada sobre su hacanea. Al cabo se llega a Roncesvalles, donde, a pesar de las dificultades de alojamiento y molestias del temporal, la etiqueta tarda eternas horas en ponerse de acuerdo para la solemnidad de la

entrega y en establecer orden de precedencia para los asistentes; y cuando al fin se verifica el acto en la sala alta del Monasterio, pues a causa del frío desisten de celebrarlo en la explanada, al ser autorizados los concurrentes a besar la mano de la Reina, las apreturas y el barullo son tales, que los pajes se adelantaban a sus señores, las damas de honor eran arrolladas por los villanos, y el Rey de Navarra, que en representación del de Francia acababa de formalizar el trámite traslativo de su Princesa, tiene que llamar en ayuda a sus servidores para que no sea atropellada la propia Isabel. Al cabo, ésta se despide de sus tíos, el Rey navarro y el Cardenal de Borbón, diciendo que, por encargo de su hermano, se despedirá de ellos besándolos a usanza de su país, como príncipes de la sangre; y aunque la espantadiza comitiva española murmura, el Rey se hinca de rodillas para recibir el beso de su sobrina; el Cardenal de Borbón, que ya había tenido rozamientos con el de Burgos sobre sus puestos respectivos, es besado por la Reina sin arrodillarse, y entonces el prelado español la dice, con seca cuanto inoportuna amonestación: *Oblivisce populum tuum et domum patris tui*. La Reinecita se enjugó una lágrima, dió la diestra al agrio Arzobispo, la izquierda a Infantado y, acompañada por ambos se dirigió a su litera. Ya estaba entregada a lo que Dios quisiera hacer de ella en España.

Había amainado el mal humor de los elementos; pero el que recíprocamente suscitaba, entre los españoles y franceses que continuaban en el séquito de la recién llegada, la mal reprimida antipatía con que de reojo se miraban unos y otros producía incidentes sin número, en los que había de mediar la juvenil señora poniendo a prueba, desde el primer instante, su tino. Daba ella hasta en sus vestidos la pauta de la concordia que quería reinase en torno suyo, cuidando de ataviarse alternativamente a la moda francesa y al gusto español, cuando no mezclaba en su indumentaria elementos de uno y otro estilo. Pero nada bastaba a conciliar los ánimos, como lo demostró bien pronto un episodio característico. En Pamplona aguardaba a Isabel la linajuda Condesa de Ureña, camarera mayor nombrada por el Rey. Tras no pocos regateos y transacciones

pareciase haber llegado a establecer reglas y bases que zanjasen todo conflicto de amor propio entre las damas indígenas y las exóticas, a la cabeza de las cuales venían dos primas de la Reina, madame de Rieux y mademoiselle de Montpensier, princesas ambas de la Casa de Borbón. Seguía a éstas en categoría la Condesa de Clermont que, en un grado social inmediatamente inferior a éstas, por razón también de su alta estirpe había venido ejerciendo durante todo el viaje la sobresaliente misión de llevar la cola del manto de la recién casada. *Incontinenti* recabó la de Ureña, celosa de las preeminencias de su cargo, el honor de sustituir a la Condesa en tal cometido, y la fué deferido. Pero, en cuanto a las Princesas reales, no se atrevió a plantear desembozadamente su convicción del derecho a precederlas también. Al salir la caravana de la antigua capital navarra, Isabel, presintiendo quizás el conflicto, invitó a la ya Camarera Mayor a subir con ella en la litera real. La de Ureña, aun protestando cortesantemente de que jamás podría desear más alto favor, se excusó de aceptarlo y pidió a su señora la permitiese viajar en la suya. Montó entonces la Clermont al lado de la Soberana, echó a andar el convoy y detrás de la litera de Isabel enfilóse resueltamente la de las Princesas; pero apenas se habían puesto en marcha cuando los lexicarios que transportaban ésta se vieron atropellados por los litereros de la Condesa, que adelantándoseles bruscamente y sin pedir paso ni licencia echaron de la fila la parihuela principesca, con la consiguiente estrepitosa oposición de las empingorotadas señoras, sorprendidas por tal injuria a su dignidad. Enterada, naturalmente, Isabel, no vaciló en amonestar a la de Ureña, haciéndola notar que por su rango y precisamente por ser extranjeras en el país y no sus súbditas, las damas de sangre real deberían ser honradas con consideraciones parejas a las que en su tierra estaban acostumbradas, añadiendo que cuantas deferencias a ambas se les guardasen las agradecería como tenidas con ella misma. Corrida la Camarera, se ratificó hipócritamente en que su deber era obedecer las órdenes de Su Majestad y pretendió que todo había sido una ofiendosidad imprudente de sus lacayos, a quienes ofreció castigar.

Por esta muestra se adivinará el ten con ten a que habría de acudir la de Valois en las sucesivas jornadas, hasta llegar a Guadalajara, donde después de casi un mes de ellas a través de territorio español debía celebrarse, en el palacio del Duque del Infantado, conductor del magno cortejo, el primer encuentro entre los reales desposados y la ratificación de las bodas de París. Ciertamente, el novio no demostró gran apresuramiento por conocer a su novia. Había llegado ésta a Guadalajara el día 28 de enero a buena hora; Felipe, sobre las ocho de la noche, y no quiso hacerse anunciar. Apeóse ante una puerta excusada y, alumbrado por un hacha, subió embozado a su aposento, donde le dieron a solas de comer. Un manuscrito de la Colección de Jesuítas (1) asegura que, cuando la Reina y los suyos salieron también a cenar, el Rey la vió "por una puerta falsa de su aposento, en el cual se estuvo sin pasar adelante ni vella más". Al otro día, dadas las diez de la mañana, Isabel y doña Juana de Portugal (la hermana del contrayente, que había de actuar de madrina en el acto) salían de la cámara regia y, seguidas de su engalanada servidumbre, instalábanse en la sala noble, inmediata a la capilla donde se verificaría el definitivo enlace. Y habiendo esperado cerca de una hora, presentóse al cabo Su Majestad el Rey con su padrino el Duque del Infantado y el resto de su real casa. Poco después, los desposaba en firme el Cardenal de Burgos, y el día entero transcurrió entre el doble banquete de almuerzo y cena y un casi no interrumpido baile que, alzadas las mesas en la dicha sala, se organizó allí mismo, bailando los novios, padrinos e invitados, según relato minucioso de los papeles de la época, inacabables tandas de pavanas, altas, primeras y tercianas, y alemanas. Los cronistas se hacen lenguas del primor de las danzas, si bien alguno de ellos, más exigente y que no podía presentir nuestros *dancings* de ahora, consigna pudoroso que bailaban "harto revueltos".

De la impresión que mutuamente se causaron en el primer instante el Rey y la Reina sólo puede juzgarse por las crecien-

---

(1) Manuscrito de la Colección de Jesuítas en la Real Academia de la Historia, tomo 88, folio 223.

tes muestras de afecto que se les vió tributarse en los días siguientes hasta la instalación en Toledo. Verdad es que Brantôme refirió aquello de que, explicablemente cortada Isabel al enfrentarse con su esposo, éste la preguntó algo sobresaltado: *¿Qué, miráis si tengo canas?* Pero aparte de que el dicho pudiera ser una de tantas fantasías avaladas por el cuentero escritor, todo autoriza a suponer que no debió de haber desilusión ni en él ni en ella. Felipe II, a despecho de aquellos para quienes nació ya vestido de negro, blanca la barba, encasquetado el sombrero de rizo y con el rosario en la mano, como cuando fué modelo de Pantoja, y le ven en su imaginación o nos le pintan invariablemente sombrío, llagado, con la pierna tiesa sobre el taburete del Escorial..., también fué joven y apuesto alguna vez. Ahí está Tiziano que no nos dejaría mentir; y en la sazón en que le vió Isabel con calzas y jubón blancos cuajados de oro de canutillo, oro que asimismo salpicaba su ropa de terciopelo morado sembrada de piedras, la cual, por eso, diz que pesaba un quintal, y destocándose para saludarla de rica gorra aderezada con plumas blancas, entre las que destellaba un hermoso brillante, era un hombre esbelto, en plena vida, enmarcado el rostro por sedosa barba rubia, ágil y diestro, que causaba la admiración de sus cortesanos cuando les honraba bailando ante ellos el paso del hacha o el pie de gibao. En cuanto a Isabel de Valois, ni muy baja ni muy alta, aunque de estatura más cumplida que la media de la mujer española, de expresión atractiva y serena, que todavía conserva en los retratos del Museo del Prado (de época posterior) comparécia ante el Rey, en los prometedores albores de su adolescencia, con la gallardía nativa de su stirpe materna, aun cuando naturalmente cohibida y lógicamente abrumada bajo la pesadez de su vestido nupcial: saya a la francesa de tela de plata muy ancha, ropa de lo mismo, "aforrada de lobos cervales"; gorguera de profusa pedrería, entre la cual se destacaba una cruz de diamantes, y chapirón de terciopelo negro. Cierto que no tenía ni tuvo nunca, por fortuna suya y de su marido, nada de la belleza provocativa ni de la gracia libertina de su hermana Margot; pero al viudo de María de Inglaterra cualquier

destello de agrado le sabría a hermosura; y cierto también que era una niña aún; pero Felipe, después de aquel trago famoso, debería volver a la vida matrimonial sediento de frescura y juventud. Todo contribuye, pues, a permitir suponer que, al verse de cerca, se hallarían, cuando menos, como de lejos se habrían imaginado. Pero apenas si les permitirían contemplarse la distracción de los festejos y la atención de los conflictos etiqueteros que a cada paso surgían, el más sonado de los cuales fué el producido por la inflexible resistencia de las más grandes damas españolas a dejarse preceder por las Princesas de Francia; resistencia que —un papel lo dice— (1) llegó al extremo de negarse a saludar a la Reina y de no hallarse en la ceremonia del casamiento la Marquesa de Cañete, la Condesa de Módica y hasta la misma dueña de la casa, Duquesa del Infantado. Les parecería, pues, mentira a los cónyuges cuando, al cabo, les dejaran solos. Pero incluso hasta última hora les perseguiría el engorro de las ceremonias. La Clermont —“madama de Claramonte, que dicen es su privada”, según rezan las relaciones españolas— sintió piadoso escozor, al retirarse la novia a su aposento, de que no se hubiera bendecido el lecho de la Reina, en consonancia con vieja costumbre de su país. Hubo de debatirse el caso, oponer reparos los de por acá, insistir los otros, y al fin prevalecer el dictamen de la francesa. Pero surgió una dificultad: con arreglo al ritual, correspondía la bendición de la cama al propio prelado que echó la del altar; se fué por el Cardenal de Burgos; estaba ya en el lecho, disfrutando de un reposo que tenía bien ganado después de tantísimos días de ajeteo; transigió al cabo la Clermont en que bendijese el tálamo el Obispo de Pamplona; fueron en su busca y, dichosamente, le hallaron de pie; pero... cuando llegaron a la alcoba nupcial, ya estaba cerrada y la meticulosa “Claramonte” hubo de contentarse con que el Prelado trazara la señal de la cruz sobre la puerta (2).

---

(1) Relación manuscrita en la Colección de Jesuitas en la Real Academia de la Historia, tomo 105, número 16 bis.

(2) Las dos relaciones de la Academia de la Historia completan la referencia de este incidente. Una de ellas dice que “enviaron por el Cardenal para que les bendijese la cama porque Madama de Claramonte



ISABEL DE VALOIS (ISABEL DE LA PAZ)





Enojaría circunstanciado relato del final del viaje, que todavía invirtió una quincena más. Mas en esta sazón no puede omitirse la mención de la visita a Madrid, que aunque se vistió con sus trapos de cristiano para recibir a los Soberanos, les acogió, en opinión de una descripción francesa, con más gente que gasto, pues sólo se erigió un arco e improvisaron algunas danzas y mascaradas. Es interesante recoger, sin embargo, ciertos datos que nos dan idea de particularidades del Madrid de entonces, en los que se traslucen atractivos varios que contribuirían, no mucho después, a hacerla residencia de la Corte. “La dicha villa —escribe un viajero francés que con Isabel venía— es bastante bonita, grande como la mitad de Melún”; y con saber que Melún, tan sonada ahora cuando la campaña del Marne, no registra actualmente más que unos 15.000 habitantes, podremos aproximarnos con la imaginación a la pequeñez de la que habría de ser poco más tarde la capital de España. Quizás no fuera su alcázar “la mejor casa real que tiene príncipe moro ni cristiano”, como con visible hinchazón afirmaron sus regidores a Felipe III cuando quiso trasladar la capitalidad a Valladolid (1); pero la dicha pluma con-signa que “el castillo es muy hermoso y cómodo para los oficios y otras necesidades, y no era tan grande cuando la prisión del difunto rey Francisco como lo es ahora. El Rey —añade— festejó allí a la Reina como en su casa, y tiene los más bellos y ricos muebles que se pueden ver y en gran cantidad, pues cada cámara y los demás gabinetes están llenos de tapicerías y muebles todo a propósito. Los de Inglaterra —concluye— no son nada a su lado”. Invirtióse el día siguiente —último de la estancia— en agasajos y alegrías, una de las cuales fué una

---

no quiso que se acostasen sin bendecirla, lo cual hizo el Arzobispo de Pamplona, por estar el Cardenal acostado”. Y la otra cuenta que “después de cenar a buenora, se recojieron SS. MM., y la bendición que se acostumbra en Francia dar a la cama de los recién casados la hizo el Obispo de Pamplona, estando ya acostados, desde la puerta de la cámara”. Es de advertir que la tradición de bendecir el lecho nupcial no es privativa de Francia, pero era sin duda desconocida en la Corte de Castilla.

(1) *Memorial y discurso que la villa de Madrid dió al rey don Felipe III, N. S. sobre la mudanza de la Corte.* Colección de Jesuítas, tomo 88.

corrida de toros, pero la deslució un deplorable incidente: dos pajes franceses inexpertos se echaron al ruedo, como hoy diríamos, con la jactancia *d'en tenter* y lucirse ante la Reina su señora y *feurent estrippez*, según enérgica locución del relataste. Otra de las fiestas, y esta lo fué por entero, consistió en un baile en Palacio, durante el cual Felipe, el Rey que, en la invención grotesca de algún escritor, sólo rió cuando supo la Saint Barthelemy, tuvo jovialidad bastante para volver a bailar la *branla* de la antorcha, precursora del vals, primero con su juvenil consorte y después con mademoiselle de Montpensier. Emprendida de nuevo la marcha, el martes 13 de febrero daban los Reyes vista a Toledo, "grande como Orleáns", en concepto del mismo puntual escritor, dado notoriamente a las referencias comparativas.

Toledo —en sus funciones de cabeza de la Monarquía, que si no de derecho, de *facto* venía ejerciendo— echó, en verdad, la casa por la ventana en la "felice entrada de la Majestad de la Reina Nuestra Señora", a quien la relación del maestro Alvar Gómez, por una caprichosa genealogía, intitula "doña Isabel *quinta* de este nombre" (1). Galante su esposo, había adelantado para que toda la fiesta aparejada se dedicase exclusivamente a la joven soberana. Llegó ésta la noche antes a Vargas, donde descansó, y desde allí a la imperial ciudad tuvieron que detenerse a cada paso sus litereros para que la Reina presenciase juegos de villanos y villanas, que la salían a recibir "bailando lo mejor que sabían a su modo"; halló luego a los niños de la Doctrina, que "tañendo unas pajarillas de agua" salieron a su encuentro, y le parecieron tan bien algunos de ellos, que los metió consigo en la litera; pandillas de mozos, al son del tamboril, jugaban a las cañas y a los naranjazos, o simulaban escaramuzas en las inmediaciones de la Vega; la Inquisición y la Universidad aguardaban presidiendo una ca-

---

(1) Esta relación es la 203 de la conocida colección publicada por don Jenaro Alenda. Las Isabels numeradas por Alvar Gómez serían, quizás, la Zaida o Isabel, mujer de Alfonso VI: Isabel de Portugal, esposa de Juan II; su hija Isabel la Católica, y la emperatriz Isabel, siendo así la de Valois la quinta Isabel que se sentaba en el trono de Castilla.

balgata de comunidades y hermandades, notable por los cuatro carros alegóricos de la Paz, el Amor, Febo el fecundo y Juno la diosa del matrimonio, y ya a las puertas de la muralla, muy hermoso y sosegado caballo blanco, guarnicionado de terciopelo morado con orlas de oro y perlas, freno y estribos de plata dorada, riendas de oro, arzones esculpidos en plata, tomó sobre sus lomos a la Reina y la paseó en triunfo por la población, bajo improvisados arcos monumentales y a través de jardines artificiales, donde, en imitación del de las Hespérides, alternaban laureles con pinos, y encinas con naranjos, corriendo en algunos de ellos fuentes de vino, que ora manaba de la cuba de Baco, ora bajo el plinto de la estatua de Lucrecia, símbolo de la castidad. Visitada la Catedral, por Zocodover arriba alcanzó Isabel la morada regia donde, ya de noche, la esperaba su marido. Si el cansancio de diez horas de ceremonia no agotó su emotividad, ¡con qué vibrante sensación de majestuoso orgullo no atravesaría la Princesita de Francia, descendiente de mercaderes y gonfaloneros venecianos, los muros del enriscado alcázar de Carlos V, que era jerárquica y topográficamente el más alto de la Cristiandad!

Mas la abrumadora solemnidad del castillo imperial, solitario en la árida roca, soberbio nido de águilas, enhiesto de un lado por encima de la escarpadura que desciende al río, erguido de otro sobre el poblado sumisamente tendido a sus pies, agobiaría bien pronto el espíritu sencillo de la ingenua avecilla, habituada hasta entonces a revolotear gozosamente entre las frondas interminables de la tupida, rasa y siempre verde selva de Fontainebleau, cuando no a impregnarse de aquel tibio temple de amorosa intimidad con que supo rodear a ella y a sus hermanas Catalina de Médicis en la risueña incubadora de Saint Germain. Además, la etiqueta austriaca, combinada con la arquitectura especial del alcázar-fortaleza, aislaron en seguida dentro de él a la Reinita en una soledad que, a las veces, se le antojaría remedo de prisión. Su natural y después íntima compañera la princesa Juana, con quien luego, en el Palacio de Madrid, según atestiguan documentos de la colección Salazar, tanto se entretendría, rivalizando las dos cuñadas en sa-

*car comedias* e invenciones para holgarse ellas y sus damas (1), tan pronto como en la noche de su llegada se cerraron tras la comitiva las puertas del recinto, hubo de confinarse allá arriba en la torre, donde una gran tarbea servía de dormitorio común, cual en un cenobio, a la Infanta y a sus camareras, reducidas al más indispensable menaje y celadas desde el ingreso del desnudo salón por oficiales vigilantes que, más que sus guardas, sus celadores parecían. Aun así, ¡cuántas veces sentiría Isabel, en las frecuentes soledades en que el deber de Felipe la dejaba, envidia de aquel gineceo, donde al menos, si escaseaban la diversión y la comodidad, no faltaba la compañía! Porque verdad era que ella tenía cerca de sí también a sus sirvientes, las que trajo de Francia; pero el aburrimiento de éstas, no suficientemente distraído en sus divisiones con las regnicolas, había atizado el fuego de las discordias y emulaciones entre ellas mismas, llegando a tal punto las querellas de los bandos de madame de Clermont y de la entrometida madame de Vineux, aspirante a suplantarla, que la reina Catalina hubo de escribir al Embajador, Obispo de Limoges, encargando amonestara a ambas cabecillas, haciéndolas ver que los españoles iban a tenerla a ella por persona de escaso juicio cuando no había sabido poner cerca de su hija mas que “a dos mujeres de tan poca discreción que no saben vivir juntas”, y diciéndoles de su parte: “Quiero que vivan en paz y unión y no den a conocer a los extranjeros que están locas de la cabeza, si es que lo están.” Y lo peor del caso era que Catalina, al recibo de cuyas cartas, según Brantôme, siempre se echaba a temblar de miedo Isabel —tal temeroso respeto la tenía—, se

---

(1) Colección Salazar en la Real Academia de la Historia, L. I.

Es una relación de comedias, según el epígrafe, aunque más bien parecen ser charadas o acertijos representados. El texto dice: “Las invenciones que sacaron la Reina y la Princesa año de 1564 fueron desta manera. La Reina y siete damas de una parte y la Princesa y otras tantas de la otra. El precio fué un escritorio que valía 1500 ducados por parte de la Reina. y la Princesa puso una arqueta que costó 2500, llena de guantes, gorgueras y lienzo de cadenas y muchos perfumes”. Sigue la descripción de las invenciones que, al parecer, proponían alternando los dos grupos, y que nunca acertaba el otro.

creyó en el caso de regañar también a la Reina de España porque, según sus noticias, ésta, en mengua de la ceremoniosa y sesuda Clermont, se inclinaba del lado de la Vineux y sus más juveniles y regocijadas partidarias. Si deseaba tenerla contenta y que la siguiese queriendo, habría de oír los consejos de aquélla, y no lo de esas otras casquivanas, “que no pueden enseñar más que locuras y tonterías”.

Y no sólo sufrirían por eso sus allí encastillados quince años, que si nunca fueron fuertes cuando fueron menos y disfrutaban de mayor holgura, más se resentirían y acusarían su endeblez en el trance de aquella revolución de todo su débil ser, zarandeado de consuno por el tránsito dificultoso de la niñez a la adolescencia, de la doncellez al tálamo, de la desenvoltura de la infancia a la rigidez imponente de los deberes de una Reina. Consecuencia de todo ello puede decirse que, desde su entrada en Toledo, Isabel no tuvo una hora de plena salud. A poco de llegar la acometían viruelas locas o algo parecido, interrumpiendo los regocijos. No fueron cosa mayor. Duraron cuatro días, al cabo de los cuales los corresponsales de la Reina madre la aseguraban que había quedado mejor que antes; y atribuyendo el achaque a la aclimatación, hasta suponían que, Dios mediante, el arrechucho habría servido para disponer mejor su naturaleza a los aires y a los víveres de España. Pero tal confianza duró poco. En septiembre, sin haber estado nunca completamente bien, adolecía de nuevo seriamente la delicada señora con síntomas desconcertantes; y aunque los médicos aseguraban a Felipe, para tranquilizarle y aun esperanzarle, que era una dolencia con término previsto y plazo conocido, Catalina escribía desde Saint Germain desvaneciéndose con su experiencia tal ilusión y afirmando que “aunque la cosa que ella deseaba más en el mundo era verla con un niño”, no valía equivocarse ni convenía, por tanto, que los médicos la obligasen erradamente a guardar cama; por el contrario, en su opinión, debía hacer algún sano ejercicio al aire libre con tal que no fuera violento y ni en coche ni caballo. “Decidla —añadía la animosa mujer, aceptando condicionalmente, y para la eficacia del consejo, el feliz supuesto— que

ella me ha visto embarazada, tan enferma que no podía andar y mucho más vieja que ella, pero esforzándome hasta el punto de hacerme sostener por dos personas para no dejarme acoquinarse en el lecho." Acertó en el pronóstico la madre: no se confirmaron las ilusiones de sucesión. La hija, siguiendo en parte su dictamen, se levantaba de cuando en cuando, adiestrábase a ratos en la pintura, y hasta volvió como antes a asistir a algún bailecillo en sus habitaciones y a otros de los que llamaba el Embajador-Obispo honestos pasatiempos. ¡Cómo serían ellos de morigerados y tristes, siendo sus protagonistas una joven reinecilla, sin cesar doliente, y un *pobre príncipe* —así designaba el Prelado a don Carlos— "tan caído y extenuado que, debilitándose de hora en hora, los sabios de esta Corte tienen muy escasas esperanzas"! Sin duda se pensó en seguir por completo las prevenciones de Catalina; pero como el empinado Toledo no permitía el prescrito reposado ejercicio, y se sospechaba también hubiera algo de infección en su ambiente, se trasladó la Reina —ya que el Rey trabajador, por sus quehaceres, no podía acompañarla— a lo que algún índice francés de lugares y personas rotula con evidente énfasis el *chateau royal* de Mazarambroz.

Debió de sentir la recién casada en el tal *chateau* nostalgia de su esposo ausente. Repúsose algo, aunque no sin intermitencias, su salud, y a fines de 1560 ó principios de 1561, creyendo estar ya *le mieux du monde* y pudiendo sufrir sus molestias sin acostarse, Felipe dispuso el regreso al Alcázar. No habían transcurrido dos días cuando de nuevo una fiebre intensa y prolongada la asaltó, y la Corte se alarmó hasta el punto de que, aprovechando una fiesta religiosa, se la hizo confesar y comulgar. Esta vez era un serio ataque de viruelas, que se venció, pero del que tardó en reponerse. Catalina, inquieta por su belleza, la envió cierto bálsamo para evitar los hoyos de la tez. Y hay, con tal motivo, una carta de Isabel que requiere atención, porque parece como que entre renglones se vislumbra el motivo quizás determinante de la mudanza a que debe Madrid la capitalidad de España. "Esta noche —dice la hija a la madre— empezaré a ponerme el bálsamo en la nariz,

donde tengo algunos hoyos; pero no los hay, en absoluto, en el resto de la cara. Las manchas están todavía muy rojas, y no las hago nada sino con leche de burras, que me va muy bien." Y después, como adelantándose o replicando a algún posible reproche de la Médicis por haber dejado el *sanatorio* de Mazarambroz y vuelto a la ciudad, prosigue en estas frases, que son a la vez declaración de su explicable antipatía a Toledo y la confesión explícita de su bienestar conyugal: "Os diré, señora, que si no fuera por la buena compañía que tengo en este sitio y la suerte que tengo de ver al Rey mi señor todos los días, encontraría este sitio uno de los más aburridos del mundo; pero os aseguro, señora, que tengo tan buen marido y soy tan feliz que, aun cuando fuese cien veces más aburrido, yo no me aburriría nada (1)." Esta carta se escribía el primer día de Cuaresma de 1561. El 19 de mayo siguiente, iniciaba

---

(1) "Je trouverois ce lieu l'un des plus facheux du monde. Mais je vous assure, madame, que j'ay un si bon mari et suis si heureuse que, quant il le seroit cent fois davantage, je ne m'y facherois point. Les taches sont encore bien rouges, et ni fais rien sinon du lest d'anesse que m'y fait fort grand bien."

La carta de donde estas frases se traducen literalmente en el texto no tiene, ciertamente, indicación del punto donde está escrita, y ello explica el error, padecido por un libro reciente, de suponer que pudo escribirse en Balsain, lugar que, además, no fué hasta mucho después residencia temporal de la corte de Felipe e Isabel. Pero es indudable que la Reina la escribió en Toledo. Para persuadirse de ello basta compararla con otra que inmediatamente la precede en las *Negotiations, lettres, etc.*, publicadas por L. Paris. Es esta una de madame de Clermont a Catalina de Medicis en la que, además de hablarle también de que para quitar a la Reina toda huella de las viruelas (enfermedad que se sabe que fué en Toledo donde la padeció) la lavaban el rostro con leche de burras, dice textualmente: "Avantier, elle alla en ung jardin diner. Et yer nous comançames a lui maistre du baume sur les nés, ou elle a quelques fousces." La fecha de esta misiva es: "De Tollède, ce second jour de quaresme." Y la carta de Isabel de la Paz a su madre, de donde son las frases transcritas al principio de esta nota (carta inserta por L. Paris a continuación, pero cuyo texto denota estar escrita el día antes), se refiere casi con las mismas palabras al suceso de la primera salida después de la dolencia y al remedio del bálsamo. Así dice *la Reine Catholique a la Reine Mère*: "Madame, je ne veux laisser partir ce porteur sans vous dire comme je sortis hier dehors... Je me commenserei a ce soir a mettre du baume sur les nés, ou j'ai quelques fosses." Es tan palmario el parecido de los pasajes extractados que no ofrece la menor duda de que, si en Toledo se es-



Felipe, con su salida, la traslación de la Corte. El 21 cesó de funcionar en Toledo el Consejo de la Corona. El 27 abandonaba Isabel aquel lugar, “uno de los más aburridos del mundo”. La imperial ciudad, con razón o a tuerto, había dejado de ser la residencia oficial de la Monarquía. Y Madrid, después de breve jornada en Aranjuez, empezaba a serlo.

Habría yo faltado conscientemente a la fidelidad de la referencia, primer deber de todo historiador, si hubiera, pues, intitulado esta monografía *Isabel de la Paz, la Reina por quien vino la Corte a Madrid*. Creí de mi obligación afirmar solamente que, si no *por* ella *con* ella os vino la capitalidad. Porque es exacto que hubo para el cambio muy complejos factores. Cuando, más tarde, los regidores madrileños del tiempo de Felipe III le ponderaban las excelencias de su villa para estancia real, aludieron a los motivos porque se prescindió de Toledo que, según su memorial, “ofrecióse ser muy áspero de suelo, estrecho de aposento, falta de agua, flaco de mantenimientos, dificultoso para gente de a pie y poco menos que imposible para la de a caballo, con poca comodidad para edificar de nuevo...; lugar, en fin —afirmaban— más para fortaleza que para corte” (1). Y era verdad. El poblado crecido en torno de la alcazaba de Alfonso VII carecía de condiciones para albergar la Corte de un Felipe II. Toledo se asfixiaba en Toledo, y sus propios moradores lo advertían. Bien lo reflejan los octosílabos del toledano de aquellos días, Sebastián de Orozco, demostrativos de que en tiempos del Rey Prudente, si los dejaban correr, era muy tolerante la censura. Dicen así algunos de ellos:

Estamos tan hartos ya  
de lidiar con esta Corte,

---

cribió una carta, allí mismo se escribió la otra, y un mismo *porteur* llevó desde la orilla del Tajo las cartas de la camarera y de la soberana.

Por tanto, Toledo era aquel lugar que Isabel de Valois hubiera encontrado “l'un des plus facheux du monde” a no hallarse en él su marido. Y no es enteramente caprichoso suponer que a tal aburrimiento deba en gran parte Madrid la ventura de haber llegado a ser la permanente capital de España.

(1) Frases del memorial citado en nota anterior, de la Colección de Jesuitas.

que no sé yo quién podrá  
contaros como nos va  
sin que la vida se acorte.  
Esperamos cada día  
cuando se nos tiene de ir,  
que, según la carestía,  
si la corte aquí porfía,  
nos hemos de consumir.

Ellos viven descontentos  
y nosotros despegados;  
tómarnos los aposentos,  
suben los mantenimientos  
y estamos como cercados.  
No parece sino infierno  
tanta trulla y confusión:  
no sé si por mal gobierno,  
hay gran falta aqúeste invierno  
de leña y más de carbón...

A oficiales y a tenderos  
dejarán enriquecidos  
tratantes bodegoneros  
atestados de dineros...  
y a nosotros destruídos.  
Han hecho tanto subir  
todas las mercaderías  
que no se puede sufrir,  
ni se podrán reducir  
a su ser en nuestros días,

Nosotros que no vendemos  
ni menos somos tratantes,  
¿para qué corte queremos,  
pues que en ella dependemos  
muy mucho más que de antes?...  
Las casas no están labradas  
a propósito de corte,  
e aunque hay muchas posadas  
están mal acomodadas  
y no hay quien lo soporte.

En las casas no cabemos  
y tenemos inquietud;  
por las calles no podemos  
pasear, aunque queremos,  
segund hay la multitud.  
Lo que nos solía costar  
un real, nos cuesta diez.  
Bien tendremos que contar  
si nos deja Dios llegar  
con tal vida a la vejez.

A descontento tal, que repercutiría en el de los cortesanos, sumáronse crudezas extraordinarias de aquel invierno; nevó, y por estar las calles sucias “ovo tantos y tan malditos lodos cuales nunca en Toledo se vieron”; y juntóse a ello la atracción que ya ejercía sobre la Familia Real Madrid. Desde un año antes había iniciado la princesa doña Juana la fundación de las Descalzas; quizás, como sostiene el Conde de Cedillo, pensó el Monarca que el alcázar madrileño le acercaba al futuro emplazamiento del Monasterio de San Lorenzo, ora se optase por Segovia, ora por El Escorial para erigirle. Pero no puede dudarse de que también haría mella en el ánimo de Felipe, para su decisión, el disgusto constante de ver cómo en Toledo *adolecían por momentos* su mujer y su hijo, no siendo aventurado suponer que la gota amarga que hizo rebasar en manos de Felipe II el vaso de esa preocupación íntima fuera la reincidencia en aquella terrible erupción, que estuvo a punto de desfigurar las queridas facciones de la Reinita. Porque o muy engañada vivía ésta, o el Rey la tenía ya metida en las entretelas del corazón. Después de una de las alternativas de su mal, había escrito la hija a la madre lejana, desde Mazarambroz: “El Rey, mi señor, está en Toledo, y se dice está tan solo que desea que yo esté pronto de regreso. Hace muy bien su oficio de marido. Mientras tuve fiebre no se movió de aquí y le veía a diario. Desde que se fué a Toledo ha venido tres días. *Je vous dirai* —lo deajo en francés para que la frase no parezca amañada en la traducción— *comme je suis la plus heureuse femme du monde.*” ¿Es mucho inventar, sabiendo esto, invitarnos a considerar la muy posible influencia que tuvieron en los destinos de Madrid las viruelas de Isabel de Valois?

El asunto, en cuanto *madrileñista*, podría terminar aquí. Mas si mi inhábil evocación despertó vuestra simpatía por el personaje, acompañadme unos instantes más, y sumarísimamente os hablaré del resto de su vida. Breve fué; y más que lo que ocurrió mientras vivía, ha de interesaros, para anatematizarlo conmigo, lo que aconteció después de muerta la misionera de paz:

¡Cuán ñoñas y pueriles llegarían a parecerle las rencillas

en que la hicieron mediar al principio sus quisquillosas camareras! Cesaron en gran parte tales conflictos con la vuelta a su tierra de casi todo el acompañamiento, y antes hubieran concluído con acomodarse la Reina a la receta de Carlos V. Elevaron a éste sus querellas sobre precedencias dos damas, y el César decretó: "Entre primero la más loca (1)." ¡Ah, pero para templar rivalidades, rencores y celos de los Monarcas europeos, Isabel no tenía más receta que su tacto y su dulzura! Bien hubo de ejercitarlos, porque la situación de Europa se agravaba hora por hora. La temprana muerte de su hermano Francisco II zamarreaba de nuevo el equilibrio internacional. Por causa de ello, María Estuardo, la amiga de infancia de la Reina de España, se volvía a Escocia, sordamente irritada contra la que fué su suegra; ésta, Catalina de Médicis, regente de su menor hijo Carlos IX, el nuevo Rey, se encaramaba definitivamente a las cumbres del Poder e irradiaba desde ellas toda la influencia de su hasta entonces reprimida voluntad. Nunca hubo afecto entre Catalina y María; la Estuardo la había llamado un día *figlia di un mercante*, y la Médicis, sobrina de Papas, no se lo perdonaba. La familia de María, los Guisas, árbitros de Francia hasta entonces, fueron inmediatamente pospuestos. Pero los Guisas eran el brazo del catolicismo francés; contaban, por tanto, con la simpatía del Rey Católico, y Catalina, a quien la amistad de su yerno importaba mucho, se prepara desde luego para conservarla interponiendo los buenos oficios de su hija, a quien ya no riñe adusta sino acaricia e implora mimosa: "Os envío a decir por el Embajador, hija mía, amiga mía —la escribe—, que por lo mucho que nos queréis, trabajéis por conservar al Rey vuestro marido en la buena voluntad que tuvo a los difuntos reyes."

Desde entonces, la labor diplomática de Isabel se intensi-

---

(1) Está citada esta decisión en varias florestas o colecciones de dichos ingeniosos. Entre ellas, en el *Deleyte de la discreción y fácil escuela de la agudeza*, de don Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel, duque de Frías (publicada en la *Floresta general* por la Sociedad de Bibliófilos Madrileños); y en *Les Bon Mots et les Belles actions l'Empereur Charles V*, librito editado en Amberes en 1683.

fica, callada, silenciosa, casi siempre en la sombra; no se la ve, pero se la adivina. Veces varias España y Francia, por diversos motivos, ya por choques en la lejana Florida, ya por los planes y contraplanes matrimoniales, ora por asuntos de Flandes, de Navarra o de los prisioneros franceses, perciben el calor de frotamiento, preliminar del incendio; pero hay sin duda un ángel bueno en el alcázar de Madrid que suaviza, que alivia, que refresca; y el peligro pasa. Era éste tanto mayor cuanto que el mundo estaba dividido en dos sectores por la Reforma, y si claramente Felipe era el campeón del catolicismo e Isabel de Inglaterra llegó a serlo del protestantismo universal, Catalina de Médicis, a quien no estorbaban prejuicios ideológicos y cuya única preocupación era dominar desde el trono de Carlos IX, veía exclusivamente la cuestión religiosa como un problema de política interior, y con todo género de armas —intrigas, enlaces, conspiraciones y hablillas— seguía en el reino y en sus relaciones exteriores la política sinuosa que dió pie más tarde a su propio hijo para apodararla “Madame la Serpente”. Y un día la serpiente se aproximó a la frontera, con achaque de ver a Isabel, pensando acaso enroscarse a Felipe; pero éste, tan astuto cual ella, eludió el encuentro enviando como embajadora cerca de la madre a la hija amante. Así surgió la famosa entrevista de Bayona, grátísima para Isabel en el orden familiar, ocasión para Catalina de insistir en sus proyectos de más vínculos nupciales con la Casa de Austria —interesándose sobre todo por casar a su hija Margarita con nuestro desdichado don Carlos—, coyuntura propicia para que el Rey Católico propugnase con su suegra en defensa de su fe, pero conversaciones nada más, en las que la Reina de España tuvo flexibilidad suficiente para que, no venciendo la madre ni dando pie a sus enojos ni a los del marido, continuaran una y otro viviendo en aparente aunque precaria amistad. Testimonio de ella fueron las lujosas fiestas —torneos, sortijas, estafermos, desencantos de damas— que presenciaron las orillas del Adour, cuyas aguas se tñieron una tarde como de sangre; era el vino que salía de la panza de una ballena artificial que, incruentamente, cobraron, río

arriba, dos galeones de soldados arcabuceros (1). Más que divertida, ufana tornaría Isabel del desempeño de su misión. ¡Quién habría de decirle que, cuando ya en la tumba no podría desmentirles, la malevolencia de sus difamadores trocaría sus sugerencias de paz en incitaciones a la violencia!

Mas, sin embargo, no habría para ella ufanía completa mientras Dios no la concediera sucesión. Confiaba ya en tenerla porque, meses antes, estuvo a punto de lograrsele aun cuando, trabajosamente, se quedó en el camino. Y en efecto, antes de terminar el mismo año en que se celebrara la entrevista con su madre, anunciábase de nuevo su estado de nueva esperanza. Todos los cuidados fueron pocos para prevenir un segundo fracaso; Felipe dictaba por sí mismo "el régimen que debía usar para conducir su fruto a buen puerto"; Catalina mandaba un médico de su confianza, aunque los de por acá le dejaban fuera de la cámara en las ocasiones culminantes; la futura madre se trasladó al Bosque de Segovia, y estando allí enferma vino a este mundo, y poco faltó para que ella no se fuese al otro, su hija primogénita Isabel Clara Eugenia. El embajador Fourquevaux, atribuyendo el susto pasado a que los doctores españoles no siguieron prevenciones de su colega francés; califica a aquéllos de *grosses bêtes*, "lentos de arrogancia y presunción". Quizás lo estuvieran, pero era evidente que para la pobre naturaleza de Isabel la maternidad constituía un serio peligro más. Al año siguiente nacía otra hija, la infanta Catalina, y la joven señora, poco tiempo después, da en engordar desmesuradamente, se hincha, y vuelve a alarmar a sus familiares. Cuando parecía en vías de alivio, yerra, y con ella sus galenos, imaginándose otra vez llamada a ser madre; pero, en cambio, para su definitiva desgracia, meses más tarde la Naturaleza avisa que va a serlo; la ciencia de los *grosses bêtes* se empeña en que no, y —como escribía el Nuncio a Roma— "essendo poco conosciuta la gravidezza, e forsi manco conosciuto il male dalle medici, può essere che l'hanno medicata a

---

(1) Relación de las fiestas que se hicieron en Bayona en el año 1565 con motivo de las vistas de Isabel de la Paz con los Reyes de Francia. Biblioteca Nacional, Ms. R. 19.

roverscio" (1). Cuando se advirtió el error, ya era tarde; prematuramente, la Reina libraba de una niña en ciernes; y horas después, habiéndose despedido del Rey su marido ("con palabras dignas de admiración —aseguraba Fourquevaulx—, capaces de partir el corazón de un buen esposo como lo era el señor Rey") y de proceder en todo como una santa, daba su alma al cielo, a los veintidós años de edad, la dulce soberana, de quien el Arzobispo de Rossano decía a la Santa Sede haber sido "piena di bontà, humiltà e d'ogni virtù, d'una manera angélica e amata da tutti infinitamente. Il Re —afirmaba el egregio diplomático, Papa después— ha mostrato e mostra grandissimo sentimento."

Isabel de la Paz descansaba en la paz del Señor, pero no hubo para su recuerdo la paz de los hombres. ¡Había de pagar el delito de haber sido esposa de Felipe II! Y tres calumnias, a cual más repugnantes, pretendieron mancillar su memoria. Por fortuna, el siglo XVI fué un siglo papelero; reyes, ministros, diplomáticos, frailes, escribían mucho, lo escribían todo, y cuando el tiempo fué oreando archivos, de entre su polvo de oro, como un rayo de luz salió iluminada y purificada la impoluta pureza de la inocente. Mentira fué que a su sugestión se debiera la matanza de San Bartolomé. Mentira sus adúlteros amores con don Carlos. Mentira su asesinato por el Rey en castigo a otra liviandad.

¿Qué imparcial crítica atribuirá a una instigación de siete años fecha, y cuando ya hacía dos que la supuesta instigadora había muerto, la relación de causa a efecto, indispensable para culpar a la Reinita de España del apuñalamiento de los hugonotes en París? ¿Quién, honradamente, podría sustentar que Isabel aconsejara una hecatombe en medio de las vistas risueñas de Bayona? ¿Acaso era preciso su consejo para excitar en tiempo tal a la violencia? Coincidiendo con su boda ¿no corrió ya la sangre a torrentes en el tumulto de Amboise? Las sutilezas teológicas del coloquio de Passy, ¿no se convirtieron a poco en el sangriento choque de las matanzas de Vassy? ¿Y

---

(1) *Registro di lettere*, de monseñor Castagna, arzobispo de Rosano, nuncio apostólico (después papa Urbano VI). Manuscrito de la Biblioteca Nacional.

¿acaso Catalina de Médicis necesitaba de excitación ajena para desembarazarse de sus enemigos? La moderna historiografía, examinando el caso, viene a confirmar lo que ya entonces comunicó nuestro embajador don Diego de Zúñiga, o sea que si hubo premeditación en acabar con Coligny, aquella especie de vísperas sicilianas en que murió el jefe hugonote fué no más que un súbito estallido de las circunstancias.

Leyenda inicua asimismo, aunque la escena y la novela hayan pretendido ennoblecerla con el ropaje del arte, fué la de los supuestos amores de Isabel con don Carlos. La invención, imperfecta al principio, llegó a perfeccionarse villanamente después. El Príncipe estaba ya enamorado por retratos de la que había sido su prometida. Imprudente el padre, le envía al encuentro de la Reina, y doble chispazo prende en sus corazones... Carlos, a regañadientes, es padrino de la boda en Guadalajara... De Guadalajara a Toledo poco menos que escandalizan ambos al séquito con sus imprudencias. Y después entrevistas secretas, paseos románticos por las huertas de Yuste. Felipe que se entera de su deshonra, Carlos que cae asesinado por orden del celoso padre, Isabel que se deja morir de pena y de pasión. ¡Fábula todo! Los documentos históricos fehacientes lo dicen. Carlos, tercianario, no ve a su madrastra hasta que llega a Toledo; no fué su padrino en Guadalajara ni su cortejo en las jornadas; y cuando ya en el alcázar toledano se conocen y se tratan los dos enfermizos jóvenes, muy poco y a la vista de todo el mundo porque, como decía el Obispo de Limoges, "aquí las relaciones no pueden ser tan frecuentes ni fáciles como en Francia", la correspondencia conocida de todos los personajes del enredo nos muestra que Isabel sólo siente por su desmedrado hijastro una compasiva simpatía, simpatía que noblemente se acrecienta cuando, trepanado, está a punto de morir en Alcalá y cuando después, arrestado, sucumbe en la prisión; pero tan honestamente compatible con sus deberes, que es ella quien, mostrando retratos y manteniendo conversaciones, procura fomentar en el Príncipe la inclinación hacia su hermana Margarita, y ella también quien, en lo más recatado de la intimidad conyugal, irreverentemente profanada luego



por la curiosidad de los historiadores, vive con Felipe en tan estrecha y ardiente reciprocidad de afectos, exteriorizados en mil detalles, que habría que reputarla monstruo de perversión y de doblez si tan admirablemente representara una farsa.

No, la farsa no era suya sino la de los enemigos del Rey dentro y fuera de España. Y buena prueba de que nadie barrantó en la Corte, a raíz de la muerte de don Carlos, conexión alguna entre ello y los supuestos incestuosos lazos entre la Reina y su entonado la tenemos en que hoy es ya conocida toda la correspondencia de los Embajadores de aquella época (el de Florencia, el de Génova, el Nuncio, el de la propia Inglaterra) y ni uno solo de ellos —habiendo de tenerse en cuenta que los diplomáticos de por entonces, más que los de luego, tenían hechura y hasta deber de espías— desliza la más velada reticencia, la más encubierta alusión al bochornoso supuesto cuando refieren la desgracia. Es más, el de Venecia, después de dar cuenta de ella, añade al Dux: “La certeza del embarazo de la Reina es lo que da un poco de consuelo a Su Majestad.” ¿Dónde quedaría la reputación de fino olfato de los embajadores venecianos si, siendo verdad la necia trama, no hubiera adivinado que mal pudiera hallar consuelo el engañado Felipe II en las perspectivas de una paternidad que acaso no fuera suya?

Pero es que era forzoso incriminar, desacreditándolo, al Rey Católico. En el antiguo régimen, como en el moderno, como en todos, ningún arma más certera que la de afrentar al adversario ahogándole en los gases asfixiantes del desconcepto y de la difamación. Y por si acaso alguien no creía al *Demonium Meridianum* capaz de matar a su hijo, se reforzó la infamante maniobra haciéndole matar, por impura, a su mujer. Para ello, un papel que se atribuyó a Antonio Pérez —¡buen testigo imparcial!— y que circuló por cortes y campamentos, sirvió de base para amañar una escena, entre picaresca y trágica, muy del gusto de aquella época y de otras posteriores. “Cierta noche —contó la brujería internacional— de las habitaciones de la Reina se había descolgado un galán vestido de blanco. Era el Marqués del Pozo, amigo de una de las damas

de Isabel... El Rey lo sabe y se alarma... Poco después, en una tarde en que hay fiesta de sortija, la incauta soberana deja caer su pañuelo; el Marqués lo recoge, y no es preciso más para que Felipe vea confirmada su sospecha; ¡la que fué amante de su hijo, a los tres meses lo era ya de otro! Y una noche, misterioso golpe de daga atraviesa la garganta del traidor. Y otra mañana, cuando la Reina, malucha, se niega a tomar una medicina que la de su nueva camarera la Duquesa de Alba, aparece el marido, trata de convencerla de que tome el brevaie, ella se resiste, él la obliga y... cuatro horas después, la infeliz víctima deja de existir en el instante de dar a luz un hijo con el cráneo deshecho.” ¡Tampoco de tan truculento drama, tejido de insidias, se han enterado, por lo visto, los papanatas Embajadores! Menos debe sospecharlo Catalina —porque no era una madre sin entrañas—, que mes tras mes, apenas vencido lo más recio del luto, forcejea para que ya que no pudo ser Carlos, sea Felipe quien case en cuartas nupcias con su otra hija Margarita. ¡Ah!; pero al Rey, muerto el heredero, le urge, como al Reino, procurarse un sucesor varón. Margarita no le conviene, entre otras razones, porque, según opinión corriente que el Nuncio en Madrid registra, las hijas de la Reina de Francia “tardino molti anni a far prole”. Y Catalina, que todavía dos años después de muerta su primogénita sigue adulando a Felipe y envía a la de Alba, que quedó al lado de sus nietas, seis hacaneas “para que de mi parte las presentéis al Rey *con bellas palabras*”, cuando se cerciora de que éste, en definitiva, no quiere volver a ser su yerno y opta por casarse con Ana de Austria, se emborracha de cólera y, aunque, como ella misma escribe, lo de que Felipe envenenase a su mujer “no es cosa que se tenga en absoluto por cierta”, deja correr la especie, y aun la alienta, sin pensar ¡castigo de su ceguera! que, al deshonar y cubrir de oprobio al Rey de Castilla, dejaba expedito el campo a la maledicencia para que salpicase con reticencias y reservas la reputación de su hija predilecta.

Todo ello, por fortuna para el buen nombre de Isabel, no lo creen ya sino muchos extranjeros indoctos y... algunos com-

patriotas nuestros que presumen de que no lo son. La Ferrière, Gachard, Paris, Du Prat, Cabié, Ruble, Donnais, Marejol, Ronner, Morel Fatio, entre otros, han sido los beneméritos artistas que principalmente, en fuerza de rebuscar archivos, tejieron poco a poco, ante la misma Europa que la difamó, la rehabilitación de la memoria de la excelsa Princesa (1), víctima, sí, de Felipe II, pero no por lo que él hizo con ella sino por lo que el odio sectario hizo con él y con los suyos. Y tan diestra y acabada ha sido la restauración del hollado prestigio, que ya sólo un cerrado apasionamiento o la inconsciencia de un fatuo deslenguado osará, si no quiere exponerse a la encendida protesta de los bien nacidos, resucitar, sin nuevas y flagrantes pruebas, las injuriosas especies con que un día la desalmada política, y después los cuervos de nuestra histórica grandeza, se ensañaron en la Reinita simpática, dulce y buena, *con quien vino la Corte a Madrid*.

He dicho.

F. DE LLANOS Y TORRIGLIA.

---

(1) No ha de entenderse que, por igual, todos los autores citados, ni con igual intención, han contribuido a la obra rehabilitadora. Varios de ellos, incluso fervorosos defensores de la memoria de la protagonista, aceptan supuestos y versiones desvirtuadas y contradichas por las aportaciones y juicios de otros. En algunos, la fuerza del prejuicio pugna con la misma documentación aducida. Pero, como muestra de la evolución radical del pensamiento extranjero acerca de Isabel de Valois y Felipe II, léanse estas frases de Ronner: "No se sabe qué leyenda ridícula ha dramatizado la historia de esta Princesa. Felipe fué para ella un esposo asiduo, previsor, delicado."